

# Envidia de emperadores y reyes

Alberto Puyana

Alrededores de Medina-Sidonia, octubre de 1934.

**S**e acercaba el mediodía de aquella plomiza y húmeda jornada de domingo en la cual el Teniente General Castro y el Coronel Lupiáñez, disfrutaron de una memorable montería donde ambos, compañeros de armas y honores en la Guerra del Rif, demostraron sobradas cualidades y habilidad para hacerse con varias piezas, la mayoría de ellas liebres y perdices.

Conocida era por todo el mundo no solo la amistad que unía a tan insignes personalidades de la jerarquía castrense, sino también su celeberrima rivalidad, bien entendida, que a veces rayaba lo enfermizo por ambas partes.

Pese a que con la llegada de la Segunda República, ambos se vieron relegados al ostracismo y hubieron de cambiar desfiles militares por jornadas como aquella —en las que su única tropa fiel era la formada por *bracos* y *bretones spaniels*—, no cejaron en su empeño de llevar su competencia a casi todos los niveles de la vida cotidiana.

Si uno cazaba tres liebres, el otro respondía plantando cuatro sobre la mesa. Y a su vez el primero, abatía un corzo como adecuada réplica. Y no contento con aquello, el segundo contestaba derribando a un ciervo... y así las monterías que protagonizaban Castro y Lupiáñez, eran casi un acontecimiento social para toda la comarca.

Aquella mañana, escopetas de doble cañón y cananas en ristre, volvieron a morder el polvo varios animales, pero no habiendo posibilidad de seguir con la cacería por la amenaza de un brusco cambio del tiempo, la competición entre ellos se veía abocada a un decepcionante empate para ambos.

— Nubes y aire de lluvia, mi Teniente General... —comentó Lupiáñez oteando el horizonte a la vez que se subía el cuello del abrigo para tratar de esquivar así el frío y el desagradable viento de levante.

— ¿Damos por concluida la jornada, pues? —respondió Castro con pesar en su tono de voz.

— La jornada sí... pero no la competencia.

— ¿Y qué propones, amigo?

El Coronel Lupiáñez sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su abrigo, y ofreció uno a Castro que se lo aceptó con gratitud.

— Verá... siempre solemos concluir estas monterías degustando un buen guiso con algo de lo cazado, ¿no es cierto?

---

— Muy cierto. Ya sabes que me hago acompañar del joven bereber que traje de la guerra... Rashid, un magnífico cocinero, por cierto.

— Doy fe, señor. Pero he descubierto no hace mucho a un campesino de esta zona que sin duda sobrepasa las habilidades culinarias de su servidor norteafricano.

— ¿Mejor que Rashid?... imposible.

— Haya competencia, pues. Le propongo que demos una liebre a cada uno, y que nos lo presenten en un exquisito guiso como almuerzo. Luego, mi Teniente General, le vendaremos a usted los ojos y le daremos a probar ambos platos. Si prefiere el de su servidor, usted gana la apuesta, y yo le daré en pago todo lo cazado por mí este día.

— ¿Y si elijo el guiso de su protegido?

— En ese caso lo que pido es que Rashid pase a formar parte de mi servicio como cocinero.

— ¿Y por qué no empleas a ese campesino del que tanto y tan bien hablas, Lupiáñez?

El coronel escupió al suelo y chasqueando la lengua contestó:

— Es hombre de campo y no quiere abandonar sus tierras y sus reses. No crea usted que no lo he intentado ya.

Don Alberto Castro, Teniente General del Ejército Español y héroe militar en la Guerra del Rif, agotado por el tedio de la inactividad y cuyo único estímulo en los últimos tiempos radicaba en aquellas competencias con su buen amigo Lupiáñez, asintió con la cabeza, y estrechando su mano dio por buena la propuesta.

— Haya competencia, coronel.

---

## II

Lupiáñez hizo llamar a Segismundo, un asidonense cejijunto, algo chaparro, lenguaraz y avisgado, conocido en toda la comarca por su habilidad con los peroles y cucharones.

Advirtió el coronel al campesino de la importancia de aquella competencia, acordando regalarle una buena paga en caso de ganar al bereber.

— Lo suficiente para que puedas aumentar tus reses en dos más y pagar su sustento en los próximos tres años.

Ante tamaña oferta, Segismundo no pudo sino aceptar de buen grado la propuesta, y se dispuso a recoger todos los ingredientes necesarios para seducir el paladar del Teniente General Castro.

Mas éste, como bien era sabido, era de mal perder. Así que quiso asegurarse la victoria en la competencia, y para ello hizo cambiar de manera alevosa —a través de unos sirvientes— la pieza que habría de trabajar el campesino: en vez de la elegida por Castro y Lupiáñez, la liebre que llegó hasta la mesa de Segismundo estaba destripada y rancia, con claros signos de haber estado a la intemperie sin cuidado alguno en un tiempo, y siendo acosado por moscas que revoloteaban su cráneo.

Por su parte, Rashid disponía de una pieza de dimensiones y textura envidiable para cualquier buen paladar, y comenzó su faena sacando de su zurrón varias bolsas pequeñas de piel en las que portaba las conocidas especias de su tierra, que habrían de hacer de aquella liebre un auténtico manjar de dioses.

Castro se frotaba las manos ante la posibilidad de volver a casa con el doble de las piezas ganadas, ya que era impensable que el bereber —ya de por sí un excelente cocinero—, perdiese aquella competición con la inestimable ayuda que le acababa de prestar boicoteando el guiso del asidonense.

Segismundo se tiraba de los ralos pelos canos que cubrían su cabeza, mientras los perros de caza de ambos señores ladraban sin parar, amarrados junto al vallado que rodeaba el caserón donde lo habían acomodado para realizar el guiso.

---

Troceó cebollas, ajos, pimientos, tomates, zanahorias, patatas, y depositó todo sobre una cama de aceite de oliva en el fondo del perol, que ya descansaba sobre un fuego alegre.

—Qué hago, qué hago... —se preguntaba una y otra vez dando vueltas como león enjaulado entre ladridos y gruñidos de los cánidos, a la vez que arrojaba la corrupta liebre a un rincón, asqueado por el nauseabundo olor que emanaba del cadáver.

A esas alturas era ya imposible avisar del engaño al coronel, que estaría departiendo entre copas de vino con Castro, y al que no gustaba ser molestado en ese tipo de reuniones.

Y de repente... sus vivos ojos parecieron tomar un brillo nuevo. Una idea que, aunque descabellada, bien pudiera brindarle una oportunidad de ganarse esa buena paga prometida por Lupiáñez.

En la otra ala del caserón, Rashid desplegaba sus habilidades en la cocina, fielmente apoyado en el uso de las especias, e inundando la cocina de un delicioso olor agrídulce que llegaba hasta las narices de los apostantes, los cuales sentían su boca hacerse agua solo de pensar en hincar el diente a semejantes viandas.

— ¿Hueles eso? —dijo Castro dándole un amistoso golpe en el hombro al coronel— Hoy daremos envidia a emperadores y reyes, amigo mío.

### III

Transcurridas un par de horas, se dispuso la mesa en el caserón, presentándola con un elegante mantel bordado y cubertería brillante. Se encendieron las velas de los candelabros que alumbraban la estancia, dando al evento una importancia inusual.

Los únicos comensales, Castro y Lupiáñez, aguardaban pacientemente a que se sirvieran los platos, mientras alrededor se arremolinaban lugareños y conocidos que, a través del boca a boca, habían decidido presenciar de primera mano aquella insólita competición.

---

Así llegó el primero de los platos, humeante y de aspecto espléndido, con trozos de carne bañados en una salsa anaranjada; y luego llegó el segundo, cuyos trozos eran aún más imponentes y donde las verduras servían de excelente abrigo y guarnición.

El dueño del caserón, Esteban De la Cruz —mesero y amigo de ambos participantes— serviría como árbitro de la competición, y tras aparecer en escena, ordenó vendar los ojos del Teniente General Castro, asegurándose posteriormente de que su visión había sido convenientemente capada.

Acto seguido se sirvió el primer plato. Castro recibió de manos del mesero un tenedor con un trozo de carne y bañado en salsa. La sensación en la boca de sabores dulces y salados, fue un impacto. Y realmente disfrutó de aquel bocado.

— Sin duda es la mejor liebre que he probado en mi vida, vive Dios. — exclamó Castro.

Después se dispuso frente a él un segundo plato, que el Teniente General temía asqueroso, vomitivo y de pútrido olor.

Más cual no fue su sorpresa cuando descubrió en su boca una textura capaz de provocar el delirio, y un sabor realmente insuperable.

Incluso mejor que el primer bocado probado.

Pensó que sin duda éste último bocado pertenecía al guiso de Rashid, así que comentó con decisión:

– Si bien el primer plato que probé me pareció extraordinario, he de decir que éste no solo lo es, sino que no se puede comparar con nada de lo que he comido nunca. Jamás he tenido el placer de degustar manjar tan exquisito como éste. Es un plato digno de dioses, y por tanto... debe ser mi ganador.

Una vez despojó a Castro de la venda que cubría sus ojos, Esteban De la Cruz tomó el segundo plato, y levantándolo con una mano a la altura de su hombro, dictó sentencia en voz alta y firme:

---

— Caballeros, tenemos un ganador: Segismundo Padilla, vecino de Medina-Sidonia.

El anuncio provocó los vítores de los parroquianos congregados allí, los cuales subieron a hombros al alborozado campesino, que no hacía más que lanzar su boina al aire una y otra vez celebrando su victoria sobre el afamado cocinero bereber.

— Enhorabuena, Lupiáñez... —dijo el Teniente General asumiendo con magnánima deportividad su rotunda derrota—. Rashid pasará a su servicio desde hoy mismo.

— Es un placer competir con alguien como usted, señor —respondió con caballerosidad el coronel— Y ahora, le ruego que disfrutemos de ambos platos, ya que puede ser que jamás encontremos ágape como el presente en lo que nos queda de vida.

## EPÍLOGO

Marchó Segismundo contento al hogar, no solo por la notoriedad de su victoria culinaria de la que se harían eco durante años en toda la comarca, sino por la paga que recibió de manos del coronel esa misma tarde, una vez acabaron Castro y Lupiáñez con todo lo que se había servido sobre el mantel del caserón.

Ambos militares, se citaron para una nueva montería ya en primavera, y abandonaron esas tierras no sin antes despedirse cordialmente de la amable gente asidonense, en particular de aquel druida de los peroles, llamado Segismundo Padilla que había dado muestras con creces de la justa fama que le acompañaba.

Marcharon no sin antes dejar un encargo a los presentes.

Y es que el Teniente General Castro había echado en falta a uno de sus *bracos*, de nombre *Centurión*, que seguramente habría escapado tras el aroma de alguna hembra en celo de la zona.

Poco podían imaginar que el buen *braco*, descansaba en los estómagos e intestinos de los dos insignes militares camuflado como carne de liebre, y

---

aunque no era un buen final para tan bravo animal, no era menos cierto que pasaría al recuerdo más como un manjar de dioses que como perro de caza.

Y es por eso que en multitud de ocasiones dicen los lugareños que a veces es perro lo que se da por liebre, y no gato.

